

De marxista a católica

Escribe: ELISA MUJICA

En el año de 1949, cuando publiqué mi novela *Los dos tiempos*, yo era filocomunista. Si relaciono los dos hechos se debe a que ese libro representó la constancia del camino que me llevó hasta allí. La segunda parte de mi novela no se desarrolla en Colombia sino en un país vecino: Ecuador, en donde una joven colombiana se enfrenta a realidades que hasta entonces le habían permanecido veladas en su propia patria. El título indica ya que un "tiempo", el del comienzo de la vida y primera juventud, volcado hacia dentro de la protagonista y sus problemas domésticos y personales, contrasta con otro "tiempo" en el que ella se encuentra en un mundo extraño, el mundo de los otros que, sin embargo, era también y verdaderamente, el suyo propio.

En El Ecuador, de cada tres habitantes, dos son indios. En ese año de 1947, en plena mitad de nuestro siglo, estos se presentaron ante los ojos sorprendidos que los contemplaban por primera vez, como si no poseyeran siquiera un rostro individual, formado a imagen y semejanza de Dios, sino que formaran una gran masa amorfa, triste, de sombras. La visión de los despojos humanos que marchaban por los caminos ecuatorianos, o de esos otros, plantados como si fueran de piedra, en el paisaje de Riobamba y Yaguarcocha, significó para la protagonista de mi novela el rompimiento con muchos nombres y símbolos de su vida anterior. Estos se le aparecieron de pronto como inconsistentes y que no tenían argumentos para defenderse ante la avalancha de los seres descarnados y ofendidos.

Resulta casi una redundancia decir que la novela constituyó una experiencia personal, intensamente vivida. Durante la época en que permanecí en El Ecuador me tocó conocer de cerca a un grupo de intelectuales y dirigentes políticos de ese país, la mayoría afiliados al partido comunista. Eran escritores y artistas de vanguardia, oradores que entusiasmaban en los mítines, y algunos otros, estos en realidad muy pocos, dedicados a un trabajo penoso en favor de los indios. Por entonces nos acercábamos al final de la última gran guerra. Los aliados mezclaban sus esfuerzos por la victoria, aparentemente confundidas también sus ideologías. El oso ruso paseaba en cartelones los días de los desfiles por las calles de Nueva York. Una inmensa esperanza de la tierra parecía, otra vez, a punto

de cumplirse. Nada tiene de raro, pues, que yo viera en el comunismo la mejor solución para los problemas de América. Así lo expresé en la novela.

Pero cuando no se posee la clave de la vida uno se expone a no explicarse por qué "hay algo podrido en Dinamarca". Eso fue lo que me sucedió. No obstante, a pesar de encontrarme fervorosamente del lado de los revolucionarios, no fui nunca, de hecho, afiliada al partido comunista. Quizá tendría más fuerza este testimonio si hubiera sido así, pero la verdad es que no ocurrió de ese modo.

Muchas veces me he preguntado por los motivos de mi negativa y en esta mirada hacia atrás vuelvo a interrogarme. ¿Sería por cobardía? Sinceramente no lo creo. El riesgo de publicar un libro filocomunista fue asumido por mí y en tiempo más comprometedor que cuando sus páginas se vivieron, pues ya había concluido la tregua amistosa que sucedió a la guerra. En Colombia se hallaba instaurado un gobierno de derechas francamente politizado. Así y todo, si no me hice comunista quizá se debió a encontrarme demasiado apegada a mi mundo pequeño-burgués y a sus seguridades y rutinas. Por lo demás y aunque me seguía repitiendo que la fórmula de la justicia se hallaba en manos de los marxistas, ya los había visto actuar en Quito, cuando lograron la mayoría de una asamblea constituyente, en la que se revelaron de la misma pequeña medida que la generalidad de los hombres. A pesar de que yo seguramente no pensaba en el himno al Espíritu Santo que canta la Iglesia el domingo de Pentecostés, cuando dice: "Sin tu ayuda nada hay en el hombre, nada que sea inocente, tampoco podía privarme de cierta instintiva desconfianza sobre la "inocencia" de la justicia pregonada por el marxismo. Por mucho que falle la prudencia es imposible dejar de sospechar en lo más profundo que, si ese requisito no se cumple, nada se remedia y el mal vuelve a empezar.

La religión nunca había pasado para mí, desgraciadamente, de la esfera infantil en que el alma se abre a Dios al empezar a descubrir el mundo. En esas expansiones saboreamos un sentimiento de unidad con la creación entera, del que después queda siempre nostalgia. Pero mi fe no recibió a tiempo el alimento que necesitaba para desarrollarse y crecer. En realidad no la practicaba sino por el sentimentalismo que todos conocemos y que en ocasiones es fuerte y en otras débil. A los jóvenes que se encuentran en ese caso nunca se les ocurre instruirse seriamente sobre la religión todavía profesada de nombre. El padre Charles Moeller, autor de la obra *Literatura del siglo XX y cristianismo*, opina que la juventud de nuestro tiempo es "un complicado nudo de ignorancia religiosa y resentimiento". Nada hay más cierto.

Cuando regresé del Ecuador a Colombia, no obstante mis titubeos me vi empujada por una situación que me imponía una etiqueta: la de tomar parte en la formación, nueva en el país de un partido socialista. Este pretendía conjuntamente ser revolucionario y respetar las normas tradicionales. Al adherir a ese programa lanzado por unos cuantos profesores y estudiantes universitarios yo compartía sin saberlo el anhelo que busca liberarse de la esclavitud impuesta por las cosas y los hábitos y, sin embargo, los ama. Desde el cargo de secretaria de correspondencia del comité ejecutivo de nuestro flamante partido socialista, imaginaba coope-

rar en el hallazgo para mi patria de un término medio ideal, donde a cada adversario se le concedía algo de razón en el viejo pleito sobre la justicia. Por ese entonces el partido liberal perdió el poder y en el país se instauró la amarga era de las recriminaciones violentas entre las dos grandes agrupaciones tradicionales. Nuestro incipiente socialismo naufragó en una mancha de sangre.

Si una ciudad padece una epidemia, como en la novela *La peste*, de Camus, lo peor consiste en la persuasión, infiltrada poco a poco en las víctimas, sobre su impotencia para combatirla. Las leyes en virtud de las cuales se extiende el flagelo son de una lógica implacable, y la razón se declara vencida ante ellas. En Colombia hubo una época en que vivimos esa etapa. Entonces parecía como si una especie de polvo gris lloviera sin cesar sobre las inteligencias y los corazones. Quienes estaban ya viejos se refugiaban en la nostalgia del pasado, pero a los jóvenes se nos enfrentaba a una forma de mal, más insidiosa que la de una guerra declarada. En adelante la veríamos reaparecer siempre bajo aspectos distintos en la historia del país, y no seríamos diestros en forjar los instrumentos para cortar sus cabezas de Hidra. Hombres que anteriormente habían ocupado posiciones importantes, quedaron desplazados y no pudieron recuperar la brújula perdida. Hubo casos de locuras y suicidios. Algunos salieron del país en destierro voluntario. Yo tuve oportunidad de viajar a España y así lo hice.

Mi libro de cuentos *Angela y el diablo*, publicado poco después en Madrid, reflejó también, como antes lo había hecho mi novela, las últimas vivencias, aunque ya no en forma de relato de los acontecimientos sucedidos sino por la aceptación de una actitud determinada por ellos. Como había comprobado que me repugnaba la acción, me refugiaba en la fantasía, apelaba a los recursos de "las antiguas compañeras del hombre, las zurcidoras de proyectos, las tejedoras de esperanzas". Por eso todos los cuentos transitan por caminos de sueño, donde los personajes logran la felicidad que les está negada en la tierra. Pero la verdad es que las fórmulas de evasión tampoco satisfacen por completo. Lo mismo que en la literatura ocurre en la vida, pues las dos deben ser esencialmente actos de conciencia.

Cuando me encontraba todavía en Bogotá no me había faltado ocasión de realizar otras experiencias. Por ejemplo, mis amigos del movimiento católico dirigido por la revista "*Testimonio*" publicada en ese entonces en la capital, me invitaron a algunas de sus reuniones. De ellas únicamente saqué en limpio la sinceridad con que actuaban sus organizadores. Su costumbre de rezar un Padrenuestro por la conversión de los comunistas me pareció ingenua. Sin embargo, por algún motivo que no desentrañaba, no hubiera querido que desapareciera.

Después de una sesión en *Testimonio* no mostraba ningún escrúpulo en acudir, con el mismo espíritu de curiosidad desencantada en el fondo, a una "tenida" con participación de mujeres en la logia masónica de Bogotá, como sucedió una vez. Por cierto que allí no descubrí ingenuidades semejantes a la de rezar por los bolcheviques. Las de los masones pertenecían a otra especie y no me despertaban ningún eco.

No sería franca al no decir que sentía la nostalgia de Dios y que en realidad no la perdí nunca. En un cuaderno de apuntes de ese tiempo escribí cosas como estas: "¡Dios mío! ¡Qué absurdo es tener fe y qué absurdo es no tenerla!... A los pobres nos han robado hasta a Dios... Aunque no tengo fe, me gusta que de cuando en cuando alguien me haga la señal de la cruz. Así siento que me acompañan los míos". En cartas y conversaciones de entonces me dirigí a varios amigos para exponerles mis dudas religiosas. Ellos se preocupaban por aclarármelas, pero tropezaban con el inconveniente de que quien les pedía explicaciones había formado previamente la resolución de no creerlas.

El eclecticismo brillaba también en mis lecturas. Los libros que prefería eran los de los novelistas contemporáneos. Quienes subestiman esta clase de obras seguramente olvidan que, cuando se trata de creaciones perdurables, siempre reflejan una visión del mundo abrumadora y compacta. En este punto se muestran tan extremados los novelistas de nuestro siglo que han convertido sus libros en cátedra para ganar adeptos. Entre más representativos son, más decisión manifiestan de otorgar a cada acontecimiento, a cada personaje, hasta a cada objeto, un valor entendido. Un Sartre, un Malraux, un Julien Green, combaten abiertamente por sus teorías, a tal punto que al terminar sus novelas el lector debe resolver si han surgido grietas en su posición espiritual o si esta se mantiene intacta.

Mis lecturas eran un modo de formular preguntas. Las respuestas que me daba, por ejemplo Albert Camus, me llevaban del lado de los estoicos, lindante con Rousseau y el amor a la naturaleza. Sería la suya la única verdad, ¿no cabía esperar nada más? Tener orgullo de la condición humana aunque esta se juzgue a la vez absurda, puede revelar una nobleza muy rara. Camus demuestra, y no solo en sus ensayos sino en sus obras de ficción, que el corazón abrumado por el dolor es capaz de reunir fuerzas increíbles para continuar la lucha. Ante esa actitud hay que inclinarse, pero, sin embargo, con ella ocurre lo que con cualquiera otra que no refleje la transformación del hombre realizada por Dios. Llega una hora en que también se desploma aquello considerado por el estoico como lo más importante y que es la fuente de donde extrae el coraje. Entonces abandona su admirable recato. Se queja como un animal herido, acusa ciegamente al destino y se convierte para los demás en espectáculo. En otras palabras, no existe allí sino una hermosa y bien trabajada fachada. A la escuela estoica debieron pertenecer algunas grandes mujeres de la antigüedad, por ejemplo Cornelia, pues cuando ella vivió ya la "élite" de Roma desconfiaba del poder de los dioses y se limitaba a aplaudir las virtudes de los ciudadanos. Pero seguramente las mujeres estamos dotadas de malicia suficiente para adivinar lo que se oculta detrás de esas portadas.

Ante esa situación yo casi llegué a encontrar preferible apresurar el camino y escoger definitivamente a Sartre. Como es sabido, la esencia de la doctrina sartriana consiste en negar los valores trascendentes. Sin ellos, aunque Sartre afirme: "*Precisement nous sommes sur un plan ou il y a seulement des hommes*", sucede que, cuando se insiste en que al hombre no le corresponde una medida divina y cuando, por ese medio, se quieren explicar sus debilidades como naturales e inevitables a fin de absorberlo, en

lugar de sentirnos identificados llegamos a lo contrario y perdemos el sentimiento de solidaridad humana. Sartre se muestra impotente para mantenerlo aunque nos describa una serie de angustias, terrores y obscenidades. De ellos podemos ser cómplices pero esto no significa experimentar la unión. El vacío que dejan por esa causa sus obras lo ha experimentado más que nadie una mujer, la escritora existencialista Simone de Beauvoir. Dubitativa entre las teorías de Sartre y Camus, entre el cinismo y el estoicismo, la vemos a lo largo de sus libros, sin quedarse definitivamente con ninguna y herida en lo más profundo por su indecisión.

Las objeciones anteriores no me las formulaba en ese tiempo con nitidez, aunque se alzaban oscuramente en mi conciencia cuando trataba de elegir. El padre Moeller ya citado ha escrito que la fe vergonzante de nuestros días recibe con desconfianza los testimonios religiosos producidos por los católicos pero que, en cambio, si salen de personas no creyentes, causan impacto. Esa verdad la comprobé cuando empecé a interesarme por las novelas y ensayos del escritor inglés Aldous Huxley. De él no podía sospechar que presentara sus argumentos por el deseo de conquistar prosélitos, pues su principal característica consiste en rechazar cualquier compromiso. Su obra parte, además, de un crudo materialismo. Y, sin embargo, al llegar a cierto punto cambia de rumbo. La lógica y la sinceridad fueron en su caso las que lo condujeron a enfrentarse con una realidad distinta de la visible, es decir, con la existencia de Dios.

En los comienzos de la evolución espiritual de Thomas Merton, el célebre monje cisterciense americano, se palpa también la huella de Aldous Huxley, como lo relata en su libro autobiográfico *La montaña de los siete círculos*. Quizá la explicación de que un autor infestado de profundos errores contra la Iglesia Católica, impulse sin embargo, a conversiones, reside en que esos errores no pueden hacer daño en el primer momento a las almas, ya que no turban una fe todavía inexistente. A fin de crear una atmósfera inicial indispensable de atención, curiosidad y respeto por lo religioso, para mí fue insustituible ese apoyo.

Casi resulta imposible evocar un camino como el mío sin asombrarse de la forma como la Providencia se vale hasta de las obras de un escritor que difundió el nocismo, la más antigua de las herejías contra una iglesia apenas recién nacida, y desde entonces refutada mil veces. La Providencia se vale de eso, como también de los propios defectos. Mi esnobismo era tan grande que no solo prefería los testimonios de gentes extrañas a la religión católica, sino que tampoco me había interesado seriamente por las obras de una Santa Teresa, un San Juan de la Cruz, un San Agustín, ni siquiera desde el punto de vista literario. Apenas puede decirse que había leído los poemas de San Juan y fragmentos de los otros dos autores. Pero Huxley exigía adentrarse resueltamente en ellos. Los consideraba guías de un país fabuloso cuyo desconocimiento no podía disculparse. Basada en esa garantía descubrí a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz.

Comencé por la vida de la Madre, escrita por ella misma. Aquí debo contar que el dogma de la comunión de los santos había empezado por ese tiempo a volverse experiencia directa para mí a través de una serie de hechos, en lo que también influyó en buena parte la emotividad espa-

ñola. Ceremonias como las de la Semana Santa de Sevilla afectaban mi sensibilidad con sus saetas y el esplendor de las imágenes. Cuando fui a Santiago de Compostela, llevada solo por el interés de admirar un pórtico románico y unos impresionantes monumentos arquitectónicos, aunque allá no me conmoví por el aparato litúrgico ni siquiera al participar en la evocadora procesión de los peregrinos, en cambio recibí la asistencia del apóstol por medio de un favor que solicité y me fue concedido. De ahí derivó una devoción al santo, medio supersticiosa y medio agradecida.

Pero la lectura de la vida de Santa Teresa me produjo desde un comienzo un efecto semejante al que causa contemplar por primera vez un cuadro extraordinario, obra maestra de la pintura. Entonces se adivina que hay allí una verdad, exacta a la que duerme dentro de uno mismo. Sin embargo, cuando no se distinguen bien las propias verdades se entabla una lucha con el cuadro para robarle su secreto. "Si ella escribió de ese modo fue porque estaba segura de que la felicidad existe", anoté en mi cuaderno a raíz de la primera lectura. La santa carmelita se había convertido para mí en uno de mis personajes entrañables, como únicamente son aquellos a quienes veneramos por su superioridad incuestionable pero en los que a la vez presentimos una secreta e increíble afinidad. Al leer en su libro frases como esta: "Y cómo es de recio el vivir que nos priva de aquella admirable compañía", o "Hay que considerar que la fuente y aquel sol que está en el centro del alma, no pierden su resplandor y hermosura", compartía inmediatamente el movimiento interior que a ella la había empujado a escribirlas.

De la lectura de Santa Teresa pasé a la de San Juan de la Cruz. Entonces empezó a ocurrirme un fenómeno especial: me acostumbré a pensar en los santos y a contar con ellos. No se trataba de una devoción a la manera común y corriente, sino de una especie de ternura y de admiración secreta y apasionada. Tampoco sé si pensaba en el dogma de la comunión de los santos, es decir, si comprendía que experimentaba los beneficios de una solidaridad con quienes habían alcanzado poder, por el bien, de continuar reproduciendo indefinidamente este. Fue mucho más tarde cuando me pregunté en definitiva si aceptaba todas y cada una de las enseñanzas de la iglesia, que logré contestar afirmativamente, despiertas las facultades de mi ser y sin dejar ninguna reserva. Antes, e inclusive cuando ya imaginaba que creía, no acababa de hacer la opción final y a plena conciencia entre una actitud y otra. Pero esa primera creencia en la comunicación con seres sobrenaturales, los santos, me ablandó y preparó para seguir adelante. Fue como una ayuda encontrada al acaso y que tenía como objeto facilitarme una empresa cuyas dimensiones no calculaba en ese momento.

A pesar de esto me hallaba todavía muy lejos de la Iglesia Católica. Una de las herencias de Huxley me llevaba a suponer que todas las religiones representan medios igualmente válidos de acercarse a Dios. Pero a la vez y de un modo inconsciente, perseguía razones que me indujeron a colocar en un plano más alto al catolicismo. En un ensayo de Paul Valery me entusiasmó leer frases de admiración dedicadas al dogma de resurrección de los muertos. En ese estudio el autor se exalta al recalcar la soledad con que el credo católico proclama, no ya solo la vida ultra-

terrena del alma, sino la perdurabilidad de los cuerpos que se desintegran, se pulverizan y entran a formar parte de materias distintas. Estar ligada con una religión capaz de sostener este postulado contra todo raciocinio y lógica, constituía para mí un atractivo. Me parecía que así como había deseado en mis momentos generosos de implantamiento de la justicia sobre la tierra, este se coronaba para la eternidad gracias a ese dogma. Entonces me llené de un orgullo profundo, filial casi, por la Iglesia Católica.

Es curioso que tardara tanto en entender que las dos creencias anteriores exigen una tercera, la de la resurrección de Cristo, sin la cual las primeras se hacen pedazos. Sin embargo, la realidad era que todavía las prefería de ese modo. Así las cosas, un día, sin explicarme cómo, nació en mí un deseo, primero en forma de nostalgia, luego de una manera intensa excluyente. Quería comulgar, igual que los fieles a quienes veía en las iglesias, lo mismo que había hecho yo en otro tiempo, aunque sin saber bien lo que era.

Se trataba de una necesidad. Procuraba olvidarla, pero, como ocurre con cualquier necesidad verdadera, sentía siempre que allí estaba. A la vez me había dedicado a estudiar la doctrina de la iglesia, a la que respondía con un "sí" profundo y apasionado. No obstante, seguía aplazando obras. Es claro que lo mejor en esos momentos hubiera sido consultar con un sacerdote. Pero me preguntaba si un cura español podría escuchar con simpatía a una lectora pertinaz de libros prohibidos y antigua filocomunista. Cuando entraba en una iglesia clavaba los ojos en los confesionarios. Espiaba en los rostros concentrados para pronunciar las palabras sacramentales, y en las manos levantadas a fin de absolver a los pecadores, una llamada, un signo. En el interior de mí ser la exigencia de Cristo continuaba mientras tanto.

Amigos de Bogotá a quienes escribí se enteraron detalladamente de mi situación, lo mismo que los amigos de Madrid. Los que pertenecían al grupo de *Testimonio* rezaban por mí. Por mi parte, cada vez sentía más la urgencia de escoger una línea de conducta definitiva. Había averiguado que el padre Manuel Ubeda, en ese tiempo rector del Colegio Aquinas, de Madrid, era un sacerdote de vocación tardía, lo que me inspiraba confianza. Le pedí una cita. Al ir a cumplirla no sabía precisamente qué sucedería, aunque comprendía que el proceso había terminado por fin.

Algún día ensayaré describir la sensación naturalmente de alegría, pero, en especial, de inmenso cansancio físico con que salí de la capilla del colegio después de confesarme, como si acabara de recorrer con mis propios pies y no solo simbólicamente, la larga distancia que media de un mundo a otro. A la mañana siguiente comulgué. Los de la casa me esperaban para abrazarme. Mi encuentro con Dios tomaba el aspecto de una reconciliación con los seres y las cosas, lo que me producía un gran placer.

Este gozo lo conservé algún tiempo y lo recuerdo hoy como una especie de nueva y dulce infancia. Como si fuera una niña compré las figuras del nacimiento y arreglé el pesebre para celebrar ese año la navidad. Como si fuera una niña me quedaba de pronto asombrada y conmovida ante las oraciones del misal. Pero el católico tiene que perder y recon-

quitar la alegría, cada vez con un matiz distinto, más depurado, hasta llegar, si es capaz de ello algún día, a una cierta mezcla de la felicidad espontánea de la infancia y la grave nostalgia de la edad madura. Eso fue lo que Huxley, a pesar de su extraordinaria lucidez, no pudo poner en práctica. Vio lo absurdo de una humanidad sin amor pero no fue capaz de realizar, él personalmente, ese amor. Se contentó con mostrar el ejemplo de los hombres que entregaron su corazón a Dios, sin que sintiera él mismo el imperativo de imitarlos.

Mi viaje a Dios se prolongó demasiado por mi culpa. Pero tuvo un final hermoso. No me pesan mis simpatías del comienzo por el comunismo. Solo que, como no había tenido el cuidado de leer el *Apocalipsis*, ignoraba la eterna nostalgia del enemigo por el Reino de Dios y su empeño en presentar imitaciones que se transforman en fracasos. Una de las cruces para quienes se convierten consiste en que sus amigos no lo hagan a la vez con ellos. La deliciosa costumbre de compartir se ve entonces bruscamente interrumpida y sentimos el desconcierto de tropezar con un muro entre nosotros y los seres afines. Yo tengo en las filas comunistas una amiga querida. Deseo para ella la reconquista del pasado, en la forma que se logra después de confesarnos. Y, junto con este, la aventura del presente, cuando se vuelve la posibilidad de hallar "la rama preparada para la rosa justa". Mi amiga, que en El Ecuador ha consagrado su vida a defender a los indios, merece un amor que los abarque hasta más allá de la muerte. Detenerse en ese límite, como hacen los mejores no cristianos que practican el bien con los miserables, debe producir un vacío captado por los mismos beneficiados. Los indios tal vez se dan cuenta de que en esa forma se les quiere, pero no para siempre.

Al terminar no resisto el deseo de referir que el día elegido por el padre Ubeda para confesarme era domingo, 24 de noviembre. Yo había llegado a España en una fiesta consagrada a San Juan de la Cruz. Las publicaciones hechas con ese motivo en los periódicos se me grabaron en la memoria por ser las primeras que leía en España. Pues bien: ese 24 de noviembre, el padre Ubeda me recibió con estas palabras: "¿No sabe que hoy es la fiesta de San Juan de la Cruz?". Yo no lo sabía pero entonces recordé todo: el día de mi llegada a mi adhesión a los dos santos carmelitas. Además, me fijé en el apellido del padre. Fue en la ciudad de Ubeda donde murió San Juan.